

ADIÓS A MIGUEL DELIBES, UN HOMBRE, UN PAISAJE, UN REFERENTE ÉTICO

LOURDES BRAVO SÁNCHEZ

El doce del pasado marzo se marchaba definitivamente un gran escritor y un hombre fiel y comprometido con la historia. Quedamos huérfanos de un ser entrañable, que pinceló como nadie la intrahistoria de Castilla en la segunda mitad del siglo xx. Partiendo de lo más próximo, los pueblos, el paisaje y la gente, logró erigir una obra sin fronteras. En el medio siglo que transcurre desde su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada* (1947) hasta la última, *El hereje* (1999), ambas protagonizadas por huérfanos, Miguel Delibes (1920) construyó un universo de ficción sin duda reflejo de su mundo interior, sedimentado con el contacto de sus paisanos. Fue tal su implicación con sus habitantes que, cuando en 1993 recogió el premio Cervantes, reconocía en su discurso lo desdibujados que sentía los límites entre su identidad y la de los personajes que poblaban su mundo de ficción: “Yo no he sido tanto yo como los personajes que representé en este carnaval literario”

Hacia algunos años que el escritor vallisoletano había visto aparecer “la hoja roja” que le advertía de que el librillo de su vida tocaba a su fin, aunque nunca su palabra que comenzó, como él mismo reconoció, con la sencillez y concisión en la exposición de los contenidos presentes en un célebre tratado de Derecho Mercantil. Fueron éstos los que avivaron su pasión por las letras y el uso conciso de los adjetivos y frases breves. Si bien fue en el periódico *El Norte de Castilla*, donde comenzó a cultivar la precisión y el calado humanista que desprenden la docena de libros publicados en esta etapa periodística. Aunque ya Delibes había entrado en la prensa como dibujante a los 21 años firmando sus caricaturas como Max, (iniciales de Miguel y Ángeles, su novia, y “x”, la incógnita de su futuro juntos). En esta etapa, el autor vallisoletano simultaneó su labor periodística y literaria en el grupo Destino, fundado por Josep Vergés, en cuya editorial publicó la mayoría de su obra.

Su primer premio le llegó en 1947 con la concesión del Nadal por *La sombra del ciprés es alargada*, novela que tiene la ciudad de Ávila como telón de fondo.

Dos años más tarde verá la luz *Aún es de día*, no sin haber pasado antes por la reglamentaria censura, que suprimió algunos de los pasajes de la vida del protagonista, Sebastián, joven contrahecho. En esta novela se observa una intención de superar la retórica de su novela inicial.

Un año más tarde, en *El camino* (1950), dibuja un perfecto retablo del mundo rural castellano, sus aldeas en proceso de despoblación,

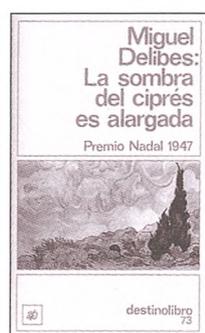
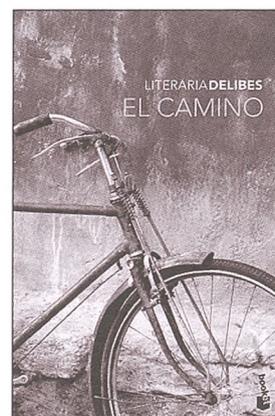
la tensión entre el mundo rural y el mundo urbano, depositario de un supuesto progreso sobre cuyas virtudes el escritor duda. La vida rural, focalizada en la visión inmaculada de un niño, permanecerá constante en la trayectoria literaria de Delibes. Se inicia la obra con una prolepsis en la

que Daniel “el mochuelo”, la noche antes de partir al colegio de la ciudad, va deslizando sus recuerdos junto a Germán “el tiñoso” y Roque “el moñigo”. El libro, de lectura obligada en la enseñanza secundaria, nos abre un horizonte de expectativas para abordar el estudio del personaje palpitante de sensaciones y sentimientos ancestrales en medio del entorno natural.

Sobre el amor que sentía por la naturaleza giran los libros dedicados a la caza (*La caza de la perdiz roja*, 1973; *El libro de la caza menor*, 1964; *Con la escopeta al hombro*, 1970; *La caza en España*, 1972), además de *Diario de un cazador* (1955) y *Diario de un emigrante* (1956), de las que es protagonista Lorenzo, un humilde bedel de un colegio en una vieja ciudad provinciana, cuyas pasiones son la caza y las conversaciones con los amigos.

Es el espacio urbano el ámbito en el que se sitúa *Mi idolatrado hijo Sisi* (1953), donde relata la historia de Cecilio Reyes, un burgués de vida acomodada, así como su relación con su único hijo. La crítica vio en ella la influencia de Dos Passos por la crítica de la hipocresía provinciana propia de la burguesía española del franquismo.

En esta misma década escribe dos novelas cortas, una policiaca, *El loco* (1953), y *Los raíles* (1954), además de un libro de cuentos *La partida* (1957). Las dos primeras fueron reeditadas en 1957, junto a *La mortaja*, bajo el título de *Siestas con viento del sur*. Aúna en el libro una serie de historias de desolación y lucha por la supervivencia, narradas con una sobriedad y precisión que evita el tremendismo al que parece inducir la anécdota. Termina la década con la publicación en 1959 de *La hoja roja*. La obra comienza el día en el que don Eloy celebra la rutinaria fiesta de jubilación. A partir de ese día, Eloy compartirá la



modestia de su retiro con su criada, la Desi, una muchacha analfabeta, ingenua pero de gran sabiduría humana a la que terminará pidiéndole matrimonio.

La culminación de algunos de los motivos anteriores –el determinismo del entorno social, el mundo infantil, el marco rural de las acciones, el choque entre civilización y naturaleza– se conjugan armónicamente en *Las ratas* (1962), denuncia descarnada de una magnitud que no se encontraba en los jóvenes novelistas, practicantes por entonces del “realismo social”. Pero lo que subyace en el tema es la crítica de la sociedad de entonces, en la cual la aparición de un cazador placentero hace estallar el enfrentamiento entre el mundo tradicional y las ideas nuevas, entre derechos y privilegios, entre la miseria y el lujo, entre la existencia organizada de la naturaleza de acuerdo con el *ordo Dei*, y el uso devastado, puramente hedonista de la misma. No obstante, lo que hace actual la obra son otros elementos: en primer lugar, el personaje del Nini, sublimación de todos los personajes infantiles anteriores. Su entendimiento de la naturaleza y sus fenómenos eran tan perfectos que las gentes del lugar acudían a él para pedirle consejo acerca de la mejor época para sembrar; o las previsiones sobre el tiempo atmosférico, de tal modo que a veces, se comenta como de pasada, “parecía Jesús entre los doctores”. La evidente idealización del Nini se debe a su armonía con la naturaleza, ajena a los intereses y la codicia que llevarán al hecho de sangre con el que concluye la obra. Por eso Delibes se refirió a ella en estos términos: “En cierto modo *Las ratas* es la consecuencia de mi amordazamiento como periodista. Es decir, que a mí cuando no me dejan hablar en los periódicos, hablo en las novelas”. Justificaba el autor así las desavenencias que la reciente ley de prensa le había ocasionado con el por entonces Ministro de Información, Manuel Fraga.

En 1962, Miguel Delibes es ya un escritor consagrado, que ha recibido el Premio Nacional de Literatura en 1955 por *Diario de un cazador*, El Fastenrath de la RAE en 1957 por *Siestas con viento sur*, el premio de la Crítica por *Las ratas*... Pero no podemos pasar por alto la importancia que supuso esa fecha en el panorama español si tenemos en cuenta que fue el año en el que Mario Vargas Llosa ganó el premio Biblioteca Breve con *La ciudad y los perros* e inicia el llamado *boom* de la literatura hispanoamericana y el fin del realismo social. En este mismo año ve la luz *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos.

Quizás motivado por los nuevos aires que invadían el panorama cultural español, el autor vallisoletano guarda silencio durante cuatro años, periodo en el cual interioriza las nuevas formas que va incorporando la novela. Es el momento en el que, sin perder su identidad literaria, sin abdicar de su propio e intransferible mundo, se sumerge en las nuevas corrientes estéticas que se habrán de cristalizar en *Cinco horas con Mario*, donde el monólogo interior de Carmen aflora mientras vela el cadáver de su

marido prematuramente fallecido. La pareja central de la obra está integrada por un intelectual idealista que profesa un vago socialismo cristiano, profundamente inadaptado a la sociedad española de entonces, y Carmen (Menchu), conformista moralmente y representante de un creciente consumismo. Para Francisco Umbral la obra supuso “un examen de conciencia generacional, una ácida crítica a la postración nacional”, pero con la esperanza de un futuro representado por Mario, hijo del matrimonio que interviene al principio y al final de la obra y simboliza una nueva etapa esperanzadora de diálogo y entendimiento.

Después del que consideraba su libro favorito, *Viejas historias de Castilla*, escribe *Parábola de un naufrago* (1969), con la que se suma a los nuevos aires del realismo mágico, que es evidente en esta novela no sólo por la inserción de elementos fantásticos y oníricos, sino también por la incorporación de parodias vanguardistas con elementos tipográficos y sintácticos para delatar la vida dictada y no auténtica del protagonista, Jacinto San José, metamorfoseado en un corderito como si de un personaje kalfiano se tratara. Para gran parte de la crítica, la obra reflejaba una imagen corrosiva del Régimen franquista en un momento en el que abocaba a su disgregación.

Con la publicación de *El príncipe destronado* (1971) vuelve nuestro autor a focalizar el universo de ficción a través de la mirada de un niño, para lo cual reconstruye el lenguaje (paralenguaje) de Kiko, de tres años, lleno de interrogaciones, de búsqueda de sentido en el seno de una familia de clase media sobre la que aún se cierne la sombra de la guerra civil.

El 25 de mayo de 1975 ingresa en la Real Academia Española para ocupar el sillón “e” con el discurso *El sentido del progreso desde mi obra*. De este mismo año es *La guerra de nuestros antepasados*, en la que transcribe las conversaciones grabadas entre Pacífico Pérez, un preso internado en un manicomio cuya tradición familiar había sido belicista, y el psiquiatra que lo atiende, el Dr. Burgueño. En Pacífico, como en la sociedad de entonces, conviven la incertidumbre inocente y los accesos de ira que le llevan a cometer un asesinato inmotivado. El simbolismo y la dualidad invaden la trama de una de las novelas más profundas del autor.

En 1978, muerto ya Franco e instaurada la Democracia, publica *El disputado voto del señor Cayo*, donde vuelve a la contraposición de dos concepciones antagónicas, la de los jóvenes de la gran ciudad y la del señor Cayo, representante del campesino arcaico castellano. La naturaleza mal utilizada y la injusticia social se funden de nuevo en la trama de *Los santos inocentes* (1981), con una galería de personajes inolvidables, entre los que destaca Azarías y su “milana bonita”. La novela embebe los diálogos en el discurso del narrador, en una unidad perfecta, mientras la acción progresa a través de la acumulación superpuesta de relatos con una estructura oral orquestados por la voz del narrador.

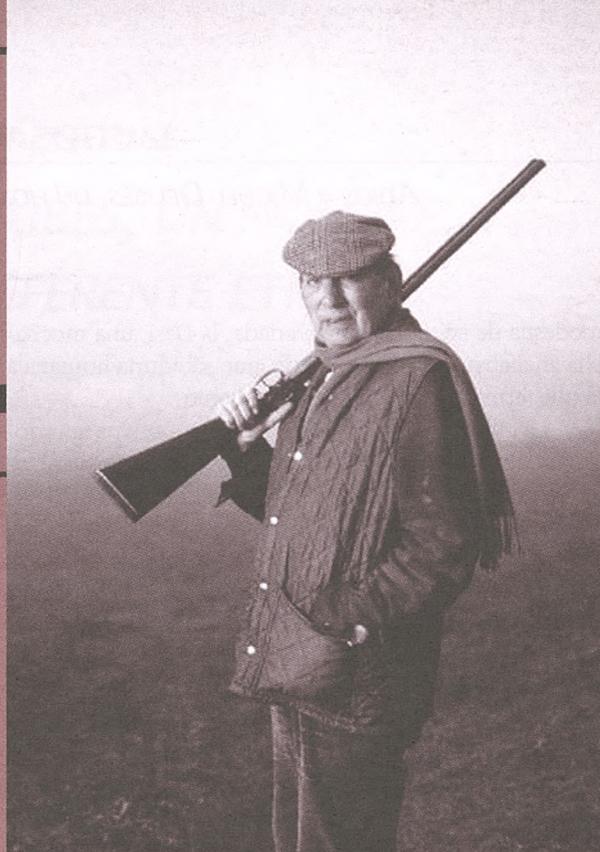
Delibes fue un autor con territorio, como lo fue Josep Pla en Cataluña, y Álvaro Cunqueiro en Galicia. Con su Valladolid natal como fondo culmina en 1998 *El hereje* por la que obtuvo el Premio Nacional de Narrativa. Con una extraordinaria ambientación en el Siglo de Oro se estructura la narración, que ahonda en el drama de los perdedores de la historia de España. Plantea, además, con clara simbología, los verdaderos problemas de una sociedad en lucha con la libertad de conciencia, que ya Cervantes había dado voz en el maltratado Ricote del *Quijote*.

En 1991 sale a la luz *Señora de rojo sobre fondo gris*, breve pero intenso libro en el que con pocas y precisas pinceladas el autor revive a su mujer, fallecida en 1976. Sus últimas creaciones fueron los ensayos *España 1936-1950: muerte y resurrección de la novela*. (2005); *La tierra herida* (2005, compartiendo autoría con su hijo Miguel), y *Viejas historias y cuentos completos* (2006). En el año 2007 aparecieron los dos primeros volúmenes de los siete que conformarán su obra completa, supervisada por el autor.

No querría terminar este breve recorrido por la creación de Miguel Delibes, sin hacer referencia a las adaptaciones cinematográficas y teatrales de varias de sus obras, máxime si tenemos en cuenta que la vida artística y personal de Lola Herrera tiene un antes y un después de su interpretación de Carmen Sotillo en *Cinco horas con Mario*. La obra se estrenó en el Teatro Marquina el 26 de noviembre de 1979. Lola Herrera recordaba en un artículo publicado el 13 de marzo en el ABC Cultural que Delibes dudaba de que su novela pudiera funcionar en el teatro. Tiempo después le comentó el autor que, tras el estreno y con los años se le había desdibujado el personaje, “y sólo yo –comentaba la actriz– era Carmen Sotillo”.

Tras el éxito de la puesta en escena de la obra, siguieron *La hoja roja* bajo la dirección de Manuel Collado, e interpretada por Narciso Ibañez Menta y María Fernanda d'Ocon. *La guerra de nuestros antepasados* fue dirigida por José Sámano y Juan José Otegui.

Las adaptaciones cinematográficas de sus novelas han sido más abundantes. Entre otras razones porque como afirmó Antonio Giménez Rico en el diario ABC



(13-11-2010), “de Miguel Delibes siempre me ha asombrado su capacidad para descubrir al ser humano para retratarlo con trazos expresivos y certeros, y para visualizar con palabras los escenarios y los ambientes en los que viven y se desenvuelven sus personajes. Y no me ha asombrado menos su enorme talento para, con un lenguaje austero, seco y carente de cualquier énfasis, conmover al público desde la más absoluta contención”.

Entre las adaptaciones al cine destacan *El camino* (1963), bajo la dirección de Ana Mariscal; *La mortaja* (1974), medimetro dirigido por Antonio Páramo; *Retrato de familia* (1976), de Giménez Rico; *El camino* (1977), miniserie dirigida por Josefina Molina; *La guerra de papá*, de Antonio Mercero; *Los santos inocentes* (1984), de Mario Camus; *El disputado voto del señor Cayo* (1986), de Antonio Giménez Rico; *El tesoro*, de Antonio Mercero; *La sombra del ciprés es alargada* (1990), con guión y dirección de Luis Alcoriza; *Las ratas* (1998), de Antonio Giménez Rico; *Una pareja perfecta* (1999), de Francesc Betriu. Mario Camus afirmaba, recordando al escritor, que varias de las novelas de Delibes son muy cinematográficas, especialmente aquellas que transcurren en el campo, y que representan a aquellos personajes llenos de verdad.

El pasado 15 de abril la Real Academia le rindió un homenaje presidido por los reyes. El rey destacó en su discurso que el escritor vallisoletano fue “un hombre bueno, un castellano leal, un español cumplido, un literato cuya vida y obra pervivirán para siempre en nuestra memoria”. Delibes nos dejó, pero su mundo estará siempre presente en la vida de todos los lectores donde la creación perdura tan viva, emocionante y sincera como en el momento en el que el formidable narrador la estaba moldeando con su característica elegancia interior, observación minuciosa, rico humor y un apasionado interés por la dignidad del hombre y su entorno. ■